



La Agonía

*Publicado en la Revista de 1995 escrito el 24 de enero en Pamplona por Dña.
Inmaculada Cánovas Carreño.*

I

Manuel miró su reloj, a las siete y cuarto, aún le quedaba tiempo. Volvió a perderse en el chasquido de las ramas secas ardiendo en el fuego, con las manos apoyadas en los brazos de su sillón, absorto, como una estatua de piedra humana, impávido, consumiendo leños, esperando a la próxima rutina.

Los nietos estaban en el patio jugando, Josefa en la cocina preparando la cena. Entró una de las nueras, Dolores, llevaba sobre la cadera un barreño con las ropas recién lavadas en el río. Miró a Manuel, lo vio perdido en el fuego y pasó de largo hasta la cocina. Josefa untaba unas rebanadas de pan con manteca de cerdo.

-¿Había mucha gente lavando?.

- No, la del horno y la sobrina de la maestra. Dicen que el marido de la estanquera está en un hospital de Valencia, por lo visto ha perdido un brazo.

-Dolores se puso a llorar.

- Mira lo que te digo Dolores, ni que mi marido ni tus hijos te vean llorar, ¿lo entiendes?. Que le haya pasado a él no quiere decir nada. Anda, ve a tender esas ropas antes de que se arruguen. Y que los chiquillos no te sientan nada.

Dolores salió de la cocina. Cruzó el patio y los chiquillos ni siquiera notaron su presencia, seguían jugando con su pelota de trapo. Josefa la vio desaparecer, se sentó en la silla que antes ocupara su nuera y apretando un rosario en la mano empezó a llorar a solas.

Manuel miró de nuevo el reloj, habían dado las siete y media. Se levantó, cogió su sombrero y su bastón y sin decir adiós salió a la calle. Las campanas de la iglesia empezaron a dar el primer toque a Misa. Los niños en el patio oyeron las campanadas. Uno de ellos se asomó por el cristal que daba a la sala; su abuelo se había ido. Dos de los nietos entraron en la cocina. Su abuela estaba sentada rezando el rosario.

- Abuela, el abuelo Manuel se ha ido a Misa, ¿podemos oír un poco la radio?

- Hoy no hijo, a la abuela le duele un poco la cabeza.



Ellos sabían que eso no era una razón suficiente, pero también sabían que cuando su abuela buscaba excusas, era porque tenía una razón suficiente para hacerlo.

Manuel bajó la calle. La mirada en el suelo, conocía perfectamente cada piedra que pudiera encontrarse en el camino. Los niños volvían a sus casas. Las mujeres se retiraban del horno o de la costura. Los hombres regresaban en sus bicicletas de la labor en el campo.

- ¡Adiós tío Manuel!
- ¡Buenas noches tío Manuel!
- ¡Vaya con Dios Manuel!

Manuel oyó su nombre tantas veces como fue pronunciado. Imaginaba, por sus voces y por la calle por donde pasaba, de quién era cada saludo, pero el peso que caía sobre su espalda no le dejó contestar a ninguna de ellas.

Llegó a la iglesia, una construcción antigua a la que se accedía por una gran escalinata de piedra desgastada. Manuel miró las escaleras, incrédulo y dolido, sabía que lo que había dentro no le quitaba el dolor que le consumía. Subió, sin querer subir, al templo. La iglesia era fría y oscura. Se plantó de pie en la puerta y echó una ojeada como lo hacía siempre, estaba casi vacía, sólo una veintena de mujeres ocupaban las primeras filas. Se fue al lateral izquierdo. Pasó de largo por los altares del pasillo. Se sentó en la esquina de un banco. Estaba solo, alejado del sacerdote que oficiaba la Liturgia y de todas esas mujeres que le respondían al unísono y devotamente. Miró al sacerdote, seguía los gestos de sus manos. El monaguillo que le ayudaba tenía la edad de la hija de Manuel.

- Se llevan pocas horas -Pensó- Mi Manuel decía que por poco no le tocaba a él estar en el parto de su parienta; Fué él mismo a buscar al médico a casa de la Carmencita. «Manuel, va a ser un chico, como lo de la Carmencita» le decía Don Vicente. Y mi Manuel quería un chico, pero cuando vio a Rosita en los brazos de su madre, ya no quería un chico. Manuel sacó el pañuelo de su bolsillo y se secó los ojos. Miró al Altar, la vista se le nublabá y apenas si pudo tragar saliva. Respiró hondo y volvió a limpiarse los ojos. Cada vez que intentaba escuchar las palabras del sacerdote le venían los recuerdos, con ellos la tristeza y detrás la ira.

- ¡Señor ya medio año! ¿Hasta cuándo me vas a tener en esta agonía? Mándame ya sus cuerpos, mándame, aunque sea muertos, a esos tres hijos que tengo en la guerra. ¿No ves Señor que este silencio está acabando conmigo?. -Se volvió más humilde, Señor, cuídame a mis hijos.

Fue a comulgar. Volvió despacio, con todo el peso de su amargura sobre el bastón. Miró el pasillo. Al fondo de la Iglesia resplandecía la luz de los velones



puestos en el pequeño altar de la Dolorosa. En el que estaba al lado de Manuel no había nada. Era una hornacina de piedra vacía, sin luz, sin santo a quien rogar. La locura de la guerra dejó sin protector al banco donde se sentaba Manuel.

-Señor -volvió a decir- cuídame a mis hijos.

Se acabó la ceremonia. Las mujeres salieron en pequeños grupos. Pronto la Iglesia se quedó en el más absoluto silencio. Manuel, mirando al suelo, repetía su oración como una larga y monótona letanía. El párroco fue apagando las lámparas de aceite y la nave se fue volviendo oscura. Sólo el eco de sus pasos tenía vida. El cura percibió una sombra en un banco de la Iglesia.

- ¿Quién anda ahí?- La voz en las paredes del templo- Manuel ¿es usted?.
- Sí, don José, soy yo.

Manuel se levantó. Se acercó hasta el pasillo central; allí estaba don José, esperándole.

-Qué, Manuel, ¿algo nuevo?.

- Nada.

- Pues esta tarde han traído noticias de algunos habitantes del pueblo... -le rodeó con el brazo los hombros- No te preocupes y ten fe. Pronto llegarán noticias.

A Manuel le gustó oír esa frase del párroco, siempre se la decía y siempre le sonaba a nueva.

- El es una persona culta -pensó- Sabe de las cosas de la vida. Es un cura y los curas no se equivocan. Los curas ven más allá de lo que nosotros vemos. Dejando las piedras y el polvo del camino. Las calles estaban vacías; ya no solía nadie sacar su silla a la puerta de la casa y hablar con el vecino de esa ansiada lluvia que no llega.... Llegó a su portal. La puerta estaba abierta y Manuel entró; de la sala llegaban murmullos, más gente de los que solían ser para cenar. Cruzó el pasillo hasta la sala, con el corazón duro y la mente helada. La cena estaba sobre la mesa pero no habían probado bocado. Su Josefa, el resto de sus hijos, las nueras y los nietos, rodeaban a alguien a quien Manuel no podía ver. Josefa salió del círculo.

- Manuel -dijo llorando- los hijos vuelven. Mañana cogen el tren desde Valencia.

II

Manuel se levantó con el primer canto del gallo. Se vistió entre penumbras. Salió a la cocina y se tomó una rebanada de pan y un vaso de leche. Josefa entró



en la cocina. Vio a Manuel con un saquito de dinero guardándolo en el fajín de su pantalón.

- Manuel, ¿y eso madrugar tanto?

- Tengo que arreglar un asunto. Estaré de vuelta mañana. Di a los hijos que he ido a tratar una partida de ganado.

Josefa le miró, Manuel llevaba el traje oscuro y hacía mucho tiempo que Manuel no se ponía el traje oscuro.

-Estas no son ropas para meterse en un cebadero con los animales.

Pensó. Pero no dijo nada.

III

Sonó la aldaba de bu pare en sonares nos heteros de Manuel dejó su cuaderno de caligrafía y abrió el portón. Un par de hombres habían aparcado un camión frente de la casa. Preguntaron por Manuel. Josefa se asomó al pasillo, detrás de ella las nueras. Manuel mandó avisar a sus hijos y al párroco.

Una gran caja estaba sobre la mesa de la sala. Los hijos paseaban sus miradas entre la caja y el rostro de Manuel. Y él los observaba; allí los tenía, oliendo a campo y a harina de cebada, y a pueblo y a sudor.

- Abrirla -Dijo Manuel.

Los hijos quitaron los clavos que cerraban la caja; Los niños, la paja que cubría aquel enigma y poco a poco fue apareciendo la sombra de una Cruz que dejó a todos helados. Era un grupo escultórico que representaba la Crucifixión de Jesucristo, a sus pies, un busto de la Virgen y otro de María Magdalena. El conjunto era de una belleza que sobrecogió a todos.

Es para el altar que está vacío en la iglesia.

-dijo Manuel- Le prometí a Dios que si mis hijos volvían de la guerra, yo llenaría ese altar vacío.

Josefa se santiguó, las nueras la imitaron. El cura recordó a Manuel a oscuras en su banco.

-¿Y como se va a llamar, Manuel? -preguntó el párroco.

Y Manuel sabía la respuesta, la sabía desde el primer día que arrancaron a sus hijos de la casa, la supo desde el momento en que aprendió a mirar una Cruz.



Junta Mayor de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de Albaterra

- La Agonía -dijo mientras se sentaba de nuevo en su sillón.

Nota del Autor: Todo el relato es pura ficción aunque tuvo su inspiración en la vida real, en una promesa que Manuel Carreño hizo a Dios a cambio de que sus hijos volvieran de la Guerra Civil Española. "La Agonía" que vemos pasar estos días de Semana Santa por nuestras calles es la que había en aquella caja grande.